Rosa Gómez Redondo (dir.)

SALUD, DEMOGRAFÍA Y SOCIEDAD EN LA POBLACIÓN ANCIANA



Alianza Editorial

Salud, demografía y sociedad en la población anciana

Rosa Gómez Redondo (dir.)

Salud, demografía y sociedad en la población anciana

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Rosa Gómez Redondo (dir.), Lucía Mazarrasa Alvear, José María Alonso Seco, María Dolores Puga González, Joseph Bernabeu Mestre, María Eugenia Prieto Flores, María Joao Bettencourt Pereira-Forjaz, Gloria Fernández-Mayoralas Fernández, Fermina Rojo Pérez, Soledad Ballesteros Jiménez, Joan Ferrán Martínez Navarro, Juan Manuel García González, Elena Robles González, María Teresa Bazo Royo.
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-8914-2
Edición en versión digital 2014

Índice

Introducción 9

Primera parte

1. Teorías sobre la vejez, *María Teresa Bazo* 13
2. El envejecimiento de la población: aspectos demográficos, *Elena Robles González* 39
3. Longevidad y salud a edades avanzadas, *Rosa Gómez Redondo y Juan Manuel García González* 57

Segunda parte

4. Epidemiología de la vejez, *Joan Ferran Martínez Navarro* 85
5. Cambios sensoriales y cognitivos en la vejez, *Soledad Ballesteros Jiménez* 107

Tercera parte

6. Envejecimiento y calidad de vida. Calidad de vida global. El entorno residencial como contexto y dimensión de calidad de vida en el proceso de envejecer en casa, *Fermina Rojo-Pérez y Gloria Fernández-Mayoralas* 131
7. Calidad de vida relacionada con la salud durante la vejez. Concepto de salud y bienestar y su medición en la última etapa del ciclo vital, *Maria João Forjaz y María Eugenia Prieto-Flores* 161
8. Nutrición y envejecimiento, *Josep Bernabeu-Mestre* 183

Cuarta parte

9. Envejecimiento y género. Desigualdad en el presente con orígenes en el pasado. Violencia diferencial contra las personas ancianas, *Lucía Mazarrasa Alvear* 201

10. Familia, hogar y vejez. Redes intergeneracionales y flujos de apoyo, *Dolores Puga* 231

11. Consecuencias sociales y económicas del envejecimiento de la población en las sociedades prósperas. Bases para la planificación. La Ley de Dependencia, *José María Alonso Seco* 257

Introducción

El envejecimiento de la población ha tenido un notorio impacto en las sociedades demográficamente avanzadas durante las últimas décadas del siglo XX, y no será menor el que según las previsiones podemos esperar en el futuro a medio plazo. Los efectos de ese proceso continuado, y las transformaciones que como consecuencia del mismo están teniendo lugar en las sociedades envejecidas, hacen necesario difundir el conocimiento acumulado al respecto y abordar la interrelación de los factores demográficos que generan las características del envejecimiento de la población, así como las condiciones de vida y salud de los ancianos dentro de un contexto familiar y social cambiante.

Desde un enfoque interdisciplinar, hemos centrado nuestra atención en esa triple perspectiva: sanitaria, demográfica y sociológica. Para ello, se ha reunido en torno a ese objetivo a investigadores que, debido a su dilatada experiencia profesional en las diversas áreas de estudio de la población mayor y anciana, pueden poner a disposición del lector interesado los conocimientos básicos en torno al envejecimiento, la salud de los ancianos y los cambios sociales en las poblaciones longevas. Estas aproximaciones complementarias entre sí quedan recogidas en las páginas siguientes, cuyo contenido queda estructurado en tres partes bien diferenciadas.

La primera parte se dedica a la sociodemografía, comenzando María Teresa Bazo por abordar el marco teórico sociológico sobre la vejez, mientras que el marco propiamente demográfico y la evolución del doble proceso de envejecimiento y longevidad en la población, y su relación con la salud y la discapacidad, son desarrollados respectivamente por Elena Robles, Rosa Gómez Redondo* y Juan Manuel García.

---

* Los resultados presentados en el capítulo 2 y capítulo 3 corresponden a la línea de investigación que sobre envejecimiento, longevidad y dependencia se desarrolla en la UNED (www.edemogrphy.com) y que ha sido financiada, en los últimos 5 años, por el Ministerio de Educación y Ciencia (SEJ2006-10972) y el Ministerio de Ciencia e Innovación (CSO2010-18925) a través de dos proyectos sucesivos.

La segunda parte se dedica a la salud, ocupándose Ferran Martínez Navarro de la aproximación epidemiológica, mientras que Soledad Ballesteros* aborda los cambios sensoriales y cognitivos que se producen en la última fase del ciclo vital.

La tercera, dedicada a las condiciones de vida y su calidad, se ocupa del entorno residencial, presentado por Fermina Rojo-Pérez y Gloria Fernández-Mayoralas, pasando por el bienestar en esa fase final de la vida, que analizan Maria Joao Forjaz y María Eugenia Prieto-Flores, sin olvidar la nutrición en el envejecimiento, aspecto puesto de relieve por Josep Bernabeu-Mestre.

En la cuarta parte se presta especial atención al contexto familiar y social en el se desarrolla el envejecimiento y la vejez. La perspectiva de género, y su relación con la violencia sufrida en esta etapa de la vida, son abordados por Lucía Mazarrasa, mientras que las redes y flujos de apoyo entre las generaciones que comparten un hogar corren a cargo de Dolores Puga. Finaliza José María Alonso Seco con un repaso a las consecuencias sociales y económicas del envejecimiento que hay que tener en cuenta en la planificación social.

Los autores de esta aproximación multidisciplinar esperamos contribuir al desarrollo de un campo común de estudio que permita sentar las bases de las futuras agendas socio sanitarias, en las que no sólo se preste atención a las consecuencias económicas del envejecimiento, tan reiteradas en el presente, sino que también, y no en menor medida, se consideren las condiciones de vida de la población mayor. Creemos que la identificación de los factores que generan el envejecimiento y sus consecuencias puede ayudar a establecer directrices para los planificadores que hagan compatible el aumento del peso de la población mayor en nuestras sociedades con el incremento de la calidad de vida, la salud y el bienestar de sus ciudadanos a lo largo de sus prolongadas vidas.

Rosa Gómez Redondo
Madrid, septiembre, 2010

* La autora del capítulo 5 quiere agradecer a diferentes organismos la financiación recibida para desarrollar su línea de investigación: MULTIMAG, 2006/BIO-170, de la Comunidad de Madrid; PSI2010-21609-C02-01, del Ministerio de Ciencia e Innovación y de la Comisión Europea (AGNES, FPI-2008-AAL), proyectos de los que se desprenden los resultados presentados.

Primera parte

1. Teorías sobre la vejez

María Teresa Bazo *

1.1. Introducción

Un curso sobre sociología de la vejez necesita de un conocimiento sobre conceptos y teorías, ya que suponen los instrumentos básicos que hacen posibles la comprensión y explicación de los fenómenos sociales. Debido a la posible diversidad de los estudiantes, son varios los aspectos que deben sin duda tenerse en cuenta. Quienes se acercan a un curso sobre sociología de la vejez pueden verse movidos por cuestiones diferentes, sea por los problemas a los que se enfrentan las personas ancianas frágiles y cómo mejorarlos, sea por comprender las estructuras por edad de las poblaciones, o por tratar de mejorar la calidad de vida de las personas al envejecer. Debido a una cierta patologización de la vejez, tiende a verse a las personas ancianas como débiles y enfermas sobre todo por aquellos a quienes su profesión les enfrenta a esas situaciones. También existe el interés por la investigación en lo que puede denominarse «envejecimiento normal», y esos estudiantes se interesarán más por los aspectos teóricos. El análisis de la vejez debe en todo caso enfocarse siempre desde una perspectiva bio-psico-social (Bazo, 1992a). Asimismo puede encontrarse una variedad de motivaciones en quienes se acerquen al tema, en cuanto a los distintos enfoques, sea la estratificación poblacional o de las instituciones por edad, o más bien temas de carácter más aplicado o práctico. Al final una ventaja de un curso sobre sociología de la vejez es que el conocimiento teórico que se adquiere tiene de inmediato aplicaciones prácticas.

Aunque no pueda decirse ya que la sociología de la vejez es una especialidad nueva, sí puede afirmarse que es todavía novedosa. No es el caso de España, pero en otros países

* Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Dpto. de Sociología. Universidad del País Vasco.

se han desarrollado diferentes materiales y manuales específicos, aunque en nuestro país hay un número cada vez más importante de investigaciones sobre distintos aspectos del envejecimiento, así como libros y artículos analizando cuestiones diversas relativas a la gerontología social en general. Queda de todos modos un desafío, que es la integración de la teoría y la investigación con las cuestiones relativas a la práctica y la aplicación. Como podría ser tratar de conjugar los resultados y teorías con la elaboración de políticas públicas y programas de intervención. En gerontología social en general son dos las aproximaciones epistemológicas al desarrollo teórico: la positivista por un lado, que implica la utilización de técnicas cuantitativas, y la interpretativa, con el uso de técnicas cualitativas.

1.2. Teorías principales sobre el envejecimiento

Las primeras teorías se centraron sobre todo en las dificultades de las personas para adaptarse a los cambios por la edad. Sin embargo, las perspectivas últimas tienen en cuenta los aspectos sociales de la edad y el envejecimiento. Las grandes líneas teóricas que han marcado la trayectoria histórica de la gerontología social, como la de otras áreas por otra parte, han sido dos. La mayor parte de la investigación más temprana conllevó la impronta de la perspectiva funcionalista. Desde el funcionalismo se entiende que la conducta social se comprende mejor desde la perspectiva de la necesidad de equilibrio del sistema social. Dicha perspectiva concibe la conducta social en términos de la función en la estructura de la sociedad. Enfatiza los aspectos normativos del orden, el consenso y la conformidad, más que el conflicto, como los aspectos principales del orden social.

Se entiende desde esta perspectiva que la gradación por edad es un elemento estructural de nuestra sociedad que asegura diferentes tipos de funciones. Una racionalización para dicha gradación es que ayuda a asegurar que serán ocupadas ciertas posiciones que son necesarias para el funcionamiento de la sociedad. Así se entiende que es adecuado que las personas jóvenes sean promovidas a posiciones productivas, las personas adultas las ocupen y las mayores las abandonen. Una función latente de tal planteamiento resulta clara, y es la discriminación contra personas jóvenes, adultas o ancianas que no desean seguir tales pautas. Con su énfasis en lo que es funcional para toda la sociedad, la perspectiva funcionalista sólo tiene en cuenta las necesidades de la sociedad, dejando de lado las necesidades de los miembros que la componen.

Desde los años 50 y 60 del pasado siglo los investigadores sociales se han planteado amplias cuestiones teóricas concernientes a los cambios derivados del envejecimiento, fenómeno multidisciplinar que afecta a todos los componentes del ser humano: su biología, psicología, roles sociales. La propia condición móvil del significado de la tercera edad ha provocado una variada cantidad de teorías que han evolucionado y se han adaptado a los cambios sociales. Además, cada estudio tiene como punto de partida una visión diferente de la persona mayor —enfermedad, sabiduría, actividad— relacionada con posicionamientos personales. Por lo tanto, para una mejor comprensión global del mismo se requiere un apoyo de la historia, sociología, filosofía y literatura, puesto que cada una de estas disciplinas se introduce en una perspectiva diferente del significado de este proceso.

A pesar de la falta de consenso, parece que se da unanimidad en aceptar el hecho de que en las últimas etapas del ciclo vital también se constatan cambios remarcables que producen una disgregación de los amplios periodos descritos por autores clásicos como Erikson (1982, 1983) a otros más reducidos y menos globales. El hecho de que distintos investigadores inicien una serie de divisiones en este periodo de vida supone un fenómeno interrelacionado e interdependiente de la ausencia de coordinación en el ajuste de dichas etapas. Gran parte de los estudios parten de la división tradicional, a partir de los 65 años, para posteriormente subdividir esta etapa en dos o tres periodos. En ocasiones, se destaca el tema de la flexibilidad sobre el cambio en los ciclos de vida y la prolongación de una serie de características de madurez e incluso de juventud (Attias-Donfut, 1987, 1988, 1994; Attias-Donfut y Neveu, 1992; Deslile, 1992; Featherstone, 1987; Featherstone y Hepworth, 1990). Sin embargo, la falta de criterios comunes requiere instrumentos diseñados para personas mayores que, a pesar de la dispersión, permitan evaluar los resultados de las distintas investigaciones (Crandall, 1991: 99).

Surge la conocida teoría de la desvinculación desarrollada por Elaine Cumming y William Henry (1961).

También otras ramas, como la teoría de la modernización y, hasta cierto punto, la de la estratificación por edad. La teoría de la desvinculación representa la explicación más explícita del estructuralismo funcionalista acerca de la condición de las personas ancianas en términos de sus reacciones al envejecimiento tanto sociales como psicológicas. La teoría de la desvinculación fue una de las primeras y más influyentes teorías que intentó estructurar de una manera comprensiva la posición de los mayores en la sociedad. Según sus autores, es algo más que una mera demostración empírica: es una teoría explicativa moderna sobre las razones de los hechos (Cumming y Henry, 1961). Desde esa teoría el abandono de los roles activos al llegar a la vejez resulta satisfactorio y beneficioso tanto para las propias personas como para la sociedad. Desde ese punto de vista, la teoría de la desvinculación se relaciona con otra teoría enraizada en el funcionalismo estructural: la teoría de la modernidad (Cowgill, 1972; Cowgill y Holmes, 1972).

El funcionalismo estructural ha ejercido una gran influencia en el estudio de la vejez, principalmente entre las principales teorías centradas en los roles permitidos a los grupos de edad, como la teoría de la desvinculación, que se basa en la premisa de que el estatus de las personas mayores decrece con la modernización de la sociedad. Las dos teorías comparten el concepto de eficiencia funcional como premisa fundamental. En ambos casos se considera necesario para la supervivencia de la sociedad que las personas mayores se desvinculen a fin de permitir a los jóvenes disponer de dichos roles. La teoría tuvo numerosos detractores, pues no logra explicar las proporciones altas de personas que no se desvinculan.

Pese a sus limitaciones, la teoría tiene sus méritos, al poner de manifiesto el papel de la sociedad al excluir a las personas ancianas de sus roles sociales considerados más valiosos.

La teoría de la modernización de Cowgill y Holmes (1972) logra explicar las variaciones en el estatus de la edad tanto históricamente como en las diferentes sociedades. Se centra en las condiciones macroestructurales de las personas ancianas. La teoría relaciona el estatus de las personas de edad con el nivel de industrialización en una sociedad, relación que resulta ser inversa. Así, en las primeras sociedades preindustriales las personas ancianas tenían un estatus elevado por el control que poseían de los recursos escasos y del conocimiento de la tradición. Para Cowgill son cuatro los elementos de la modernización que

llevan a un descenso del estatus de las personas de edad, y son los desarrollos tecnológicos en la salud, y en la economía, la urbanización y la educación generalizada. Sin embargo, se ha criticado esta perspectiva, que se ve por ciertos autores, como Peter Laslett y otros, como una idealización de la vejez en tiempos pasados, lo que conlleva una simplificación de la situación de las personas ancianas en otras épocas.

Dos elementos resultan comunes en el paradigma funcionalista, y son la imagen de la vejez como un problema social que resulta de la jubilación obligatoria, los cambios estructurales en la familia y los procesos de industrialización y urbanización, así como el énfasis puesto en el ajuste individual al envejecimiento. Se trataba en consecuencia de mantener la integración de las personas ancianas en una sociedad que cambia rápidamente. De esa manera la investigación hasta los años cincuenta se centró en las actividades o su falta y en los estilos de vida de las personas de edad. Aspectos como las relaciones entre el envejecimiento y la estructura socioeconómica fueron descuidados por los investigadores.

Es al final de los sesenta y principios de los setenta cuando se cuestiona la teoría funcionalista clásica por otras perspectivas en vejez, que tienen como elemento común la contextualización de la vejez tanto en el marco individual de la historia personal de cada ser como en el marco más amplio de los distintos procesos económicos y políticos. Se produce así una reacción contra el positivismo que había predominado en el análisis de la gerontología social. Eso lleva a utilizar otro tipo de métodos y técnicas, como los biográficos y la historia de vida, lo que conduce entre otras cosas a tener en cuenta el efecto cohorte en el proceso de envejecimiento.

Entre otros, la estadounidense Mathilda Riley (1986, 1988) pone gran énfasis en destacar las relaciones entre los grandes cambios estructurales y la diferenciación por cohorte, aunque la mayor parte de la investigación realizada con historias de vida se lleva a cabo más en el micronivel. El modelo de la estratificación por edad —del que Mathilda Riley es una representante, así como Foner— ha llegado a ser una de las perspectivas más influyentes en la gerontología social emergente. Sus raíces se encuentran en el funcionalismo estructuralista. La idea central es que una cohorte de personas, es decir, un grupo de personas que nacen en el mismo momento histórico y que envejecen juntas, lo hacen compartiendo valores y estilos de vida similares. La investigación desde esa perspectiva sugiere que la estructura de roles por edad organiza la sociedad de modo jerárquico, y sus consecuencias pueden ser vistas en gran medida, según Mathilda Riley, como la clase social. Foner, por su parte, mantiene que la posición de una persona en la estructura de edad influye en las oportunidades para obtener poder y recompensas sociales. Esta perspectiva supone un avance con respecto a los enfoques anteriores. Entre otras cosas porque cuestiona las creencias en ciertos cambios que produciría la edad *per se*, como el declive en las puntuaciones en el coeficiente de inteligencia y el mayor conservadurismo. Asimismo ha obligado a considerar en el análisis de la vejez y de las diferencias entre personas ancianas y las más jóvenes la influencia del efecto cohorte.

También tiene sus limitaciones. Así, al enfatizar las diferencias entre cohortes, ha olvidado el análisis de las variaciones entre los miembros de una misma cohorte. Se ha demostrado sin embargo que miembros de un mismo grupo de edad experimentan la vejez de muy variadas formas. La perspectiva del ciclo de vida, defendida entre otros por Bernice Neugarten (Neugarten y Hagestad, 1990) y que recibió la influencia del modelo de estratificación por edad, es un desarrollo conceptual posterior. Una parte importante de la inves-

tigación realizada desde esa perspectiva asume los principios funcionalistas acerca de la influencia de las normas sociales en la conducta social. No se considera propiamente una teoría (Passuth y Bengston, 1988: 339), sino un enfoque conceptual para orientar la investigación y la interpretación de los datos, siendo sus elementos clave que el envejecimiento se da desde el nacimiento hasta la muerte, que el envejecimiento incluye los procesos social, psicológico y biológico y que las experiencias de la vejez están modeladas por factores históricos y de cohorte.

La teoría del intercambio defendida entre otros por Blau y Homans aplica un modelo racional, económico, al estudio de la conducta social. La vida social consistiría en una serie de intercambios sociales entre los individuos. Tal interacción sería el resultado de los cálculos sobre costes y beneficios que derivan de la interacción social continua. Eso significaría que las personas mantendrían las relaciones que les resultasen beneficiosas, abandonando las costosas. Aunque la teoría añade una dimensión al estudio de las relaciones entre las personas ancianas y las de otros grupos de edad, la perspectiva puramente económica resulta muy limitada. Ese enfoque deja de lado el análisis de las dimensiones subjetivas en las relaciones sociales, así como la *cualidad* de los intercambios más que la cantidad de los mismos.

El interaccionismo simbólico, del que George Herbert Mead es su máximo representante y posteriormente, entre otros, Blumer, pone el énfasis en los procesos dinámicos y comprensivos de la interacción social. Los actores sociales logran comprender cómo los otros ven su comportamiento tomando el rol del otro, poniéndose en el lugar del otro. Las teorías de la vejez de la actividad, de la competencia y/o ruptura social y de la subcultura se encuentran influidas en diferentes grados por el interaccionismo simbólico.

La teoría de la actividad (Havighurst, 1961a; Havighurst y Feingenbaum, 1968; Neugarten, 1968, 1970; Neugarten y Hagestad, 1990) se encuentra en el polo opuesto de la teoría de la desvinculación puesto que argumenta que cuantas más actividades se realizan, más posibilidades se tienen de estar satisfechos con la vida. Havighurst (1961a), a partir de una investigación llevada a cabo en Kansas City con personas de edades comprendidas entre 50 y 90 años, desarrolló su hipótesis de que las personas mayores más activas se encuentran más satisfechas y mejor adaptadas. La teoría de la actividad, al igual que las teorías de la competencia social y la teoría de la subcultura, se relaciona con el interaccionismo simbólico (Blumer, 1982). Por consiguiente, una de las bases fundamentales de todas ellas es considerar que los seres humanos desarrollan sus valores, significados y modos de actuar a partir de un proceso de comunicación social.

Esta concepción considera que la manera de pensar de nosotros mismos se basa en los roles o actividades que se desempeñan y, por tanto, mucha gente mayor procura continuar con las mismas actividades de su juventud, ya que mantienen las mismas necesidades, psicológicas y sociales, de etapas anteriores. El propio concepto de *envejecer con éxito* implica una visión en cierta medida simplista puesto que asume que el anciano debe sustituir las actividades laborales que desempeñaba por otras compensatorias, de forma que cuanto mayor sea el número de actividades, mejor será su adaptación a esta etapa de la vida. Sin embargo, parece que las personas mayores se sienten bastante satisfechas con ciertas actividades derivadas de sus propias relaciones sociales y familiares, sin necesidad de tener rol compensador concreto (Benlloch Ruiz, Celada Pérez y Fuster Chuliá, 1993).

La teoría de la competencia y/o ruptura explica tanto los aspectos normales del envejecimiento como los problemáticos. Se asume la influencia del entorno, que puede conducir a

las personas ancianas a que experimenten cambios y pérdidas al sufrir el síndrome de la ruptura social por un proceso en espiral que lleva a la persona de edad a percibirse como enferma y dependiente y a acabar adoptando ese autoconcepto.

También puede ocurrir que desde el entorno de la persona anciana se influya produciéndose una reversión del síndrome, en lo que Juypers y Bengston denominan «síndrome de la reconstrucción social» (Passuth y Bengston, 1988: 342).

Robert Atchley (1993: 5-16) entiende que esta teoría es a) evolucionista: que los modelos de ideas y habilidades que las personas aprenden a utilizar para adaptarse a lo largo del ciclo vital permanecen en la vejez, orientando a las personas en sus actuaciones frente a la dirección y al grado de cambio requeridos en cada momento; b) construccionista: que nuestros conceptos personales están influenciados fuertemente por las construcciones sociales de la realidad que las personas aprenden en su contexto e interiorizan; c) tiene que ver con la adaptación: cuando las personas tienden a hacerlo confiando en lo que consideran sus modelos de adaptación establecidos previamente; d) las personas seleccionan y desarrollan ideas, relaciones, entornos y actividades en función de sus propias concepciones acerca de una determinada dirección y oportunidades posibles, y e) no es una teoría del buen envejecimiento: la teoría de la continuidad predice que las personas en sus elecciones mostrarán una inclinación hacia lo que perciben como continuidad. Así pues el éxito y la satisfacción pueden ser el resultado de esas decisiones, pero no siempre.

Las personas —según la teoría— tenderán más a continuar que a cambiar, siempre que las demás condiciones permanezcan estables. Eso no significa que la continuidad sea ausencia de cambio, sino que a lo largo del tiempo se da una consistencia de los modelos de ideas y comportamientos. La teoría sostiene que las personas de mediana edad y las ancianas están predispuestas y motivadas hacia una continuidad psicológica interior, así como a una continuidad exterior de las circunstancias y costumbres sociales.

Esa continuidad interna se refiere a la persistencia en el tiempo del temperamento, afecto, experiencias, preferencias, habilidades, disposiciones, actividades, valores, creencias y visiones del mundo en general.

Las personas verían así su cambio interior conectado a su pasado, y su pasado sosteniendo y justificando su nueva identidad. La continuidad en las ideas, sobre todo acerca de sí mismo/a y la identidad, funciona como base para cualquier toma de decisión que realizan las personas, lo cual mantiene el sentido de seguridad y de la autoestima. No se trata de una atadura rígida con el pasado, sino que la continuidad interna se refiere a una evolución gradual en la que se unen y se crean direcciones nuevas a la identidad ya existente.

La teoría de la subcultura de Rose (1965) sostiene que las personas ancianas desarrollan su propia subcultura. Se basa en el surgimiento y fuerza de las asociaciones de personas mayores en Estados Unidos, como el movimiento de los Panteras Grises de Maggie Kuhn o la Asociación de Personas Jubiladas. No obstante, tiene sus detractores, pues los resultados de diversas investigaciones cuestionan que las personas ancianas constituyan un grupo minoritario. No parece que forman parte de un grupo fuertemente consciente de su pertenencia y compartiendo intereses y afinidades comunes. Se considera finalmente que el interaccionismo simbólico contribuye positivamente al estudio del envejecimiento porque corrige la imagen pasiva y estática de la interacción que presentan las perspectivas funcionalistas. Por contra, al centrar el análisis en el micronivel, no reconoce plenamente el componente estructural de la conducta social.

La teoría del desarrollo capitalista de Marx enfatiza los rasgos constrictivos del orden social. Las relaciones sociales de producción existentes en las sociedades capitalistas explican la distribución social del poder y los recursos. Basada en el marxismo, surge la teoría de la economía política de la edad, que en las dos últimas décadas se aplica al estudio de la vejez.

Son los fundamentos sobre los que surgen los desarrollos posteriores. Aumentan los análisis en economía política, como el impacto de los cambios en los modelos de empleo y jubilación y el rol del estado como mediador entre la edad y el mercado de trabajo; se critica la biomedicalización de la gerontología; se estudian las relaciones entre vejez y género, y se estimula el resurgimiento de la gerontología social. Al examinar la creación de diversos programas sociales dirigidos a las personas ancianas, los teóricos de la economía política sostienen que los efectos de tales programas han sido más beneficiosos para los intereses capitalistas que para las propias personas ancianas, para quienes incluso pueden llegar a tener efectos adversos (por ejemplo la institución de la jubilación). Desde esa perspectiva crítica se cuestiona pues la creación de programas que ayudan más a crear puestos de trabajo —lo que alimenta el sistema capitalista— que a asegurar mejores condiciones de vida a las personas ancianas.

Autores muy conocidos en esa perspectiva son Carroll Estes, Anne-Marie Guillemard, Peter Townsend, Chris Phillipson y Alan Walker entre otros. Guillemard (1977) es conocida por su perspectiva crítica desde finales de los años setenta. Townsed marca un hito con su concepto de «dependencia estructurada» que da a conocer en su artículo «The structured dependency of the elderly: Creation of social policy in the twentieth century», publicado en 1981 en la revista *Aging and Society*. Igualmente ocurre con Walker y su concepto de «creación social de la dependencia en las personas ancianas» que da a conocer su artículo «The social creation of poverty and dependency in old age», publicado en 1980 en el *Journal of Social Policy*. Phillipson igualmente es uno de los primeros críticos europeos con su obra tan citada *Capitalism and the Construction of Old Age*, publicada en 1982. Es conocido igualmente el concepto de *the aging enterprise*, de la estadounidense Carroll Estes, elaborado en 1979 y revisado en 1999, y que hace referencia a ese conjunto amplio de burocracias, grupos de interés, proveedores y programas que ha contribuido a la modificación y tratamiento de las necesidades de las personas ancianas, todo ello visto como mercancías, y en formas que a menudo benefician a los profesionales y organizaciones más que a las propias personas ancianas.

El punto central de esa perspectiva es que el estatus que ocupan las personas ancianas en la sociedad, así como su propia experiencia del proceso de envejecer, están notablemente condicionados por la estructura económica. Para esta perspectiva el elemento crucial para el análisis de la vejez son las estructuras y no las personas ancianas, haciéndose hincapié en las divisiones entre los diferentes grupos de personas ancianas sobre la base de la clase social, el género, la raza y también la edad. En el análisis de la vejez realizado desde este enfoque se pone el acento en el rol del estado y su relación con la economía, para explicar la situación deteriorada de las personas ancianas.

Por último, la fenomenología social es un término que comprende diversas perspectivas, como la fenomenología de Schutz y la etnometodología de Garfinkel. Se examinan sobre todo los procesos de la construcción social de la realidad. Este enfoque se preocupa más que el interaccionismo simbólico por el uso del lenguaje y el conocimiento como elemen-

tos constitutivos de las realidades cotidianas. Sus análisis muestran cómo las vidas de las personas cambian con las discusiones interpretativas y definidoras de quienes toman las decisiones (adultos sobre niños, cuidadores sobre personas dependientes, médicos sobre pacientes). La fenomenología social ha llevado el estudio de la construcción social de las situaciones de la vida cotidiana, al análisis de la experiencia de envejecer. Jaber Gubrium entre otros (Gubrium y Buckholdt, 1977) es un representante de esta corriente que critica la investigación positivista que no tiene en cuenta los significados atribuidos por los actores sociales. Sin embargo, como el interaccionismo simbólico, el énfasis de la fenomenología en los procesos microsociales deja de lado los rasgos estructurales de la vida social, por lo que en sus análisis de las conductas de la vida cotidiana se tiende a minimizar el rol del poder.

Así pues, en oposición al positivismo y empirismo, al liberalismo pragmático y la idea de la ciencia libre de valores, surge una gerontología crítica. La perspectiva postmoderna del envejecimiento analiza la vejez como una dimensión importante del cambio social. Desde esa perspectiva ya no tiene tanta importancia en la actualidad el estatus socioeconómico debido al declive de la centralidad del trabajo y la emergencia de culturas postmodernas pluralistas y «desjerarquizadas». Todo ello conduce a hacer más débiles los límites que separan la juventud, la edad madura y la vejez. Surgen así múltiples estilos de vida que ya no se basan en la productividad sino en el consumo. Por otro lado, se produce una tendencia creciente a abandonar el modelo de vejez como patología social y surgen aproximaciones teóricas emancipadoras que tienen en cuenta más la posibilidad de dar poder a las personas mayores, que por otra parte son cada vez más capaces de luchar por sí mismas. Por último, otro tema de interés surge actualmente, y es el de la relación entre las generaciones, tanto a nivel familiar entre parientes como social, ante el temor al desequilibrio entre la población activa y la inactiva. Se hace necesaria la recreación de un nuevo contrato social entre las generaciones que contribuya a reforzar los Estados del Bienestar.

1.3. Conceptos útiles para la comprensión del envejecimiento en las sociedades contemporáneas

Envejecer bien, lograrlo con éxito es un tema que se aborda desde la psicología y desde la sociología dado que tiene que ver tanto con las características personales como con las circunstancias sociales en que se desenvuelven las personas. Se entiende desde la perspectiva psicológica que dos conceptos son esenciales a la hora de abordar el tema, y son la variabilidad interindividual y la plasticidad intraindividual (Baltes y Baltes, 1993: 1). Envejecer bien es un concepto que comienza a adquirir gran importancia una vez que se han erradicado los estereotipos negativos con que se abordaron los primeros estudios gerontológicos y que un nuevo optimismo se extiende en ese campo que hace percibir a las personas ancianas portadoras de un potencial y capacidades no suficientemente aprovechados. Se entiende igualmente que es posible modificar ciertos aspectos negativos que todavía concurren en la vejez. La vejez, como otras etapas de la vida, es, además de una cuestión biológica y psicológica, una construcción social (Bazo, 1992b). Cada vez se considera más la idea del envejecimiento satisfactorio. Cuando se habla de envejecer con éxito se tienen en cuenta cuestiones que puede ser posible realizar o conseguir. Lo que ocurre es que la vejez, y su

análisis, no tienen necesariamente que ser abordados como las otras etapas de la vida, sino que tienen sus especificidades. Por otro lado, cada vez se extiende más la idea del surgimiento de una nueva vejez (Bazo, 1992a).

En la actualidad se entiende que los criterios para analizar el envejecimiento positivo deben ser múltiples, y se señalan los siguientes: una vida larga, salud física, salud mental, eficacia cognitiva, competencia social y productividad, control personal y satisfacción vital (Baltes y Baltes, 1993: 5). En ciencias sociales surge a veces el debate sobre la utilización de indicadores objetivos o subjetivos, siendo estos últimos considerados fundamentales si se quiere aprehender en su totalidad la realidad, desde el punto de vista de la construcción social de la misma. En cuanto al análisis de la buena vejez, parece necesario tener en cuenta los dos tipos de indicadores. En distintas investigaciones se pone de manifiesto la satisfacción de las personas con diversos aspectos de su vida, aunque objetivamente las condiciones en que se desenvuelven estén por debajo de lo que se considera aceptable. En el caso de las personas ancianas es manifiesto (Bazo, 1990: 86), y es debido, entre otras cosas, a la capacidad del ser humano para la adaptación empleando, si es preciso, mecanismos mentales que llevan incluso a ignorar la realidad. Parece pues adecuado que para evaluar el envejecimiento positivo o con éxito deben tenerse en cuenta los indicadores objetivos y subjetivos, siempre dentro de un contexto cultural y social determinados. No puede perderse de vista la variabilidad interindividual (Lehr, 1991a).

Desde un enfoque más bien psicológico (Baltes y Baltes, 1993: 7-19) puede enmarcarse la naturaleza del envejecimiento humano en varias proposiciones que van desde la diferenciación de la vejez en normal, óptima o deficiente (en enfermedad) a la afirmación del mantenimiento de la satisfacción y autoestima en la vejez, pasando por la heterogeneidad y potencialidades latentes en las personas ancianas, así como por el reconocimiento de unos límites en ciertas áreas y al mismo tiempo del desarrollo de ciertas habilidades prácticas que pueden compensar la pérdida o declive en los mecanismos cognitivos. El envejecimiento normal se refiere a la ausencia de patologías, lo que resulta hoy el modelo más adecuado en las sociedades más desarrolladas. El envejecimiento óptimo se refiere a un ideal, y el deficiente hace referencia al envejecimiento con enfermedades. Ocurre que lo mismo que ciertas personas a una edad relativamente temprana experimentan enfermedades invalidantes y deterioros severos de las funciones, también se puede llegar a la muerte sin haber experimentado la decrepitud, incluso entre personas muy ancianas y centenarias, como se demuestra en ciertas investigaciones (Bazo, 1992a; Fraiz Calvo, 1993). La heterogeneidad en la vejez es hoy un hecho reconocido, y es debido a las diferencias individuales en cuanto a los factores genéticos, de personalidad, sociales y de los modelos de morbilidad que se produzcan. Los diversos estudios longitudinales [1] muestran la variabilidad existente en los procesos de envejecer al separar los efectos de la edad de otros factores, aunque no existe acuerdo sobre la posibilidad de un aumento de la variabilidad con la edad.

Se entiende modernamente que en la vejez existe también un potencial en capacidades y habilidades que las personas pueden desarrollar mediante nuevos aprendizajes y ejercicio (Lehr, 1991b). En gerontología se reconoce la plasticidad en el comportamiento de las personas ancianas que les lleva a poder compensar con habilidades nuevas ciertas mermas en

[1] Véase con más detalle en M. T. Bazo, *La ancianidad del futuro*. Barcelona, SG: 1992: 9.

algunas funciones. Es importante por tanto estimular la independencia de los ancianos/as dado que las condiciones favorables del entorno y la salud les permiten mantener su potencial para funcionar adecuadamente en su vida personal y social. Todo lo visto no significa que no existan unos límites a la capacidad de adaptación de las personas, como puede ser al comparar a las personas mayores con otras más jóvenes, en lo relativo a las habilidades relacionadas con el tiempo para reaccionar o de la memoria, así como en el vigor físico. Tales pérdidas no tienen en general por qué afectar a las personas ancianas en su vida diaria, toda vez que la mayor parte de ellas están libres de obligaciones familiares y sociales que implican cumplir horarios u otros deberes. Por otro lado, la tecnología y ciertos aspectos prácticos aprendidos pueden servir de contrapeso, de modo que los aspectos prácticos cognitivos pueden compensar las diferencias en los mecanismos cognitivos, debido a que el conocimiento enriquece y conforma la mente. Las personas, después de aprender ciertas técnicas nemotécnicas y ejercitarse en ellas, experimentan mejoras en la memoria.

La investigación en la utilización de la tecnología adaptada para —sirviendo a todas las personas— mejorar las capacidades de las que pueden experimentar algunos déficit es muy necesaria en sociedades que envejecen, y que también experimentan unas demandas sociales y políticas para la integración de los grupos con deficiencias mediante la eliminación de todo tipo de barreras. Se ha observado (Bazo y Domínguez, 1996) que unos servicios sociales adecuados para mantener a las personas ancianas discapacitadas en su entorno, pero respetando profundamente la libertad y calidad de vida de las familias y mujeres cuidadoras, son otras estrategias que permitirían la integración (¿reencuentro?) entre las personas y la sociedad.

Se entiende que cualquier proceso de desarrollo no es sólo un progreso en la capacidad adaptativa sino que también implica al mismo tiempo cierto grado de pérdida. Muchas veces un desarrollo en un área se realiza a expensas de otro posible en otra área. Con la edad sucede además que se pierde cierta capacidad de adaptación, por lo que en las personas ancianas se origina un desequilibrio entre ganancias y pérdidas que resulta negativo, debido a la reducción en el alcance de las capacidades potenciales cognitivas y emocionales. Entienden Baltes y Baltes (1993: 17) que esa pérdida podría ser equilibrada si la sociedad se estructurase de modo que se pusieran a disposición de las personas ancianas los recursos sociales suficientes, para compensar las pérdidas en las potencialidades biológicas. Sin embargo las estructuras no se adaptan a los cambios en las personas (Riley y Riley, 1994). Además ese desequilibrio favorable a las pérdidas asociado a la edad tiene también que ver con factores subjetivos como las expectativas sociales hacia la juventud y la vejez, por las que se esperan más cambios favorables en las primeras etapas, y más cambios desfavorables en la ancianidad.

Precisamente la existencia de estereotipos negativos acerca de la vejez conduce a esperar de las personas ancianas que tengan peor imagen de sí mismas y menor autoestima que las jóvenes. Son estereotipos extendidos socialmente (Fernández-Ballesteros, 1992). Pero eso se demuestra falso en las investigaciones gerontológicas. Se observa que las personas ancianas en su mayoría no se perciben como enfermas ni aisladas, ni deprimidas, ni viejas, ni marginadas, aunque quienes más se sienten solas son más proclives a asumir los estereotipos negativos asociados a la vejez (Bazo, 1990: 153-198). Pero como una serie de pérdidas y/o cambios son inevitables, se hace necesario —una vez más— considerar la necesidad de una educación para la vejez donde los deseos, ilusiones y la realidad se entronquen

adecuadamente permitiendo el mejor desarrollo de las personas, dejando aparte la idea —para la vejez y para la vida también— de competición o de carrera que hay que ganar.

Algunos gerontólogos consideran que el uso de estrategias de selección, optimización y compensación ayuda a las personas a construir su propia vejez con éxito (Baltes y Baltes, 1993: 27). La idea de selección se refiere al establecimiento de unas prioridades en función del conocimiento, actividades y motivaciones anteriores. Optimización tiene que ver con las costumbres de las personas para fortalecer su capacidad para comprometerse en las actividades seleccionadas. Compensación se refiere al uso de mecanismos psicológicos y técnicos que compensen las pérdidas. Se entiende desde esa perspectiva que si bien es cierto que el envejecimiento recorta las posibilidades de las personas, también lo es que la tarea de las personas a la hora de buscar la adaptación a los cambios es seleccionar y concentrarse en esas áreas que son de prioridad máxima, y que implican la convergencia de demandas del entorno y motivaciones individuales, habilidades y capacidad biológica. Tales condiciones conducirán, mediante la mejora del envejecimiento, a completar la evolución cultural. Tendrán pues un impacto social positivo. Desde la sociología el envejecimiento satisfactorio puede ser entendido como un concepto que va más allá de la caracterización de la persona como un ente psicológico o biológico únicamente, o que pone el énfasis en la colectividad social. Comprende una visión que implica una relación transaccional entre la persona que cambia, en una sociedad en cambio constante a su vez. No se trata pues de definir una característica personal. Se refiere a la idea del ser humano como unidad biológica y psicológica dentro de un entorno determinado.

En el enfoque transaccional se tiene en cuenta por igual la naturaleza de la persona y la construcción de la sociedad como elementos necesarios pero no suficientes para una interacción dinámica. Es una perspectiva teórica sostenida por Featherman, Smith y Peterson (1993: 50-93) que deja de lado otras como la perspectiva interactiva o la relacional. La interactiva lleva a analizar en qué medida el envejecimiento de las personas puede conducir a la mejora de la calidad de vida de la población general, o a perpetuar el sistema social hasta las cohortes de más edad. La relacional se refiere sobre todo al envejecimiento con éxito de la propia sociedad. Se puede en ese contexto pensar qué es el envejecimiento satisfactorio para las personas, dentro de las condiciones y constricciones y oportunidades de una sociedad que envejece con éxito. El enfoque transaccional, por su parte, aplicado al envejecimiento satisfactorio, es un «concepto (*construct*) sociopsicológico y procesual que refleja los modos siempre emergentes y estimados socialmente de adaptarse y volver a modelar las condiciones predominantes, culturalmente reconocidas de la mente, cuerpo y comunidad, para las personas ancianas de la sociedad» (p. 52). Esa concepción del envejecimiento satisfactorio conlleva una idea de proceso, de adaptación, más que de resultado que sirva de criterio para el éxito.

Envejecer satisfactoriamente tiene que ver con una capacidad para la adaptación que se refiere a la capacidad para responder con elasticidad a los cambios que surgen tanto del cuerpo y de la mente como del entorno. Se entiende así el buen envejecimiento como un concepto complejo del proceso de adaptación activa a los retos de una ecología dinámica y sociocultural diferenciada de personas y entornos. Es pues una definición sociopsicológica o transaccional. Se habla en términos de proceso, no de un estado o rasgo.

Obviamente, las personas pueden enfrentarse a tipos diversos de procesos de adaptación y desarrollar recursos intra y extrapersonales para responder a los desafíos que se les presentan.

Se entiende, desde la perspectiva que se analiza, que las actividades relacionadas con el desarrollo personal que constituyen los mundos sociales de la juventud y la edad adulta, pueden tender a ser más estructuradas que las correspondientes a la madurez. Eso es así en parte porque emanan de entornos institucionales más organizados formalmente (la institución de la educación o las económicas, como el mercado de trabajo) que en la última parte del ciclo vital, y que comportan, en cuanto a la observancia de una conducta socialmente adecuada, definiciones comparativamente más claras, e incluso más consensuadas, acerca de los roles y expectativas que conllevan. En contraposición a eso, el periodo vital de la madurez o vejez para las personas en la actualidad tiende a ser vivido en instituciones menos formalmente organizadas (jubilación), donde los estatus son más difusos comparativamente, falta un valor consensuado acerca de ello y los roles son más informales y débiles (¿quién es hoy anciano/a? ¿Qué significa ser jubilado/a?). La salida del mundo del trabajo —ámbito de la mayor parte de las personas adultas, como las instituciones educativas son el mundo social de niños y jóvenes— conlleva para las personas una menor formalidad o estructuración vital basada en los roles y normas de conducta. No existe consenso acerca de las expectativas sociales sobre las personas jubiladas en cuanto tales. Se entiende que las actividades relacionadas con el desarrollo personal en la vejez, como tener una jubilación satisfactoria o controlar las circunstancias de la propia muerte, no son *enigmas bien estructurados* con soluciones limitadas, sino *problemas dialécticos* con objetivos y fines contradictorios, soluciones indefinidas y fines ambiguos, que a menudo cambian conforme se intentan conseguir (pp. 58-59).

Parece que no puede analizarse lo mismo la capacidad para la adaptación de las personas mayores que la de las más jóvenes, dado que los problemas y situaciones a que se enfrentan son distintos. En cada etapa vital se requieren competencias específicas para la adaptación. La sabiduría —es decir, el conocimiento o aprendizaje acumulado— puede no ser tan útil en el mundo rápido y orientado a la eficiencia técnica en que se mueven las personas jóvenes y adultas. Puede ser sin embargo fundamental para proporcionar a las personas mayores los instrumentos apropiados para hacer frente a las tareas y problemas mal estructurados que se plantean en la vejez. Ese aprendizaje acumulado puede ayudarlas a encontrar las soluciones adecuadas a los nuevos problemas y situaciones en que se ven envueltas.

El significado de vejez satisfactoria es histórico. La idea de envejecimiento satisfactorio de las personas puede variar a través de la historia y las sociedades. Un aspecto permanece sin embargo. Es la relación entre las formas del envejecimiento exitoso y las constricciones existentes en el funcionamiento de las sociedades. En las sociedades actuales donde se produce un envejecimiento poblacional tiene lugar lo primero un cambio demográfico, pero también un aumento del volumen —y su visibilidad— de los problemas *mal estructurados* que surgen de las actividades de desarrollo de las personas ancianas, tanto en las políticas como en las percepciones sociales. Ocurre que algunos problemas de las personas ancianas y sus posibles soluciones se discuten en términos de oposición a los de los grupos más jóvenes, en lugar de percibirlos interrelacionados. Y es que está sucediendo también que el ciclo vital en la vida activa se vuelve progresivamente menos *bien estructurado*, incluso en los primeros años. Los cambios producidos por la industrialización y los cambios demográficos —sobre todo los relacionados con los producidos en el ciclo vital de las mujeres adultas— que conllevan tendencias distintas en el trabajo y la vida familiar hacen que los incentivos sociales anteriores para formar familias se debiliten. Así, los problemas relacionados

con el trabajo y el amor pueden resultar menos *bien estructurados* (siguiendo la terminología de los autores analizados) que a mediados de siglo, cuando el concepto de ciclo de vida familiar expresaba el modelo predominante relacionado con la edad para la nupcialidad, fecundidad y crianza de los hijos dentro de la edad adulta.

En las actuales sociedades envejecidas puede suceder que en las actividades vitales de las personas los rasgos *mal estructurados* predominen sobre los *bien estructurados*, y que eso ocurra cada vez a edad más temprana. Eso conduce a pensar desde la perspectiva que se analiza que la sociedad deberá establecer sistemas de «planificación reflexiva» para mejorar su propia capacidad de adaptación como sociedad, en una estrategia parecida a la de las personas frente a su envejecimiento. En ese caso, se formulan sugerencias para que el sistema educativo prepare a las personas para ser «aprendices adaptativos», de modo que puedan portarse eficientemente cuando las situaciones son impredecibles, y las actividades demandan un cambio, según señalan Featherman, Smith y Peterson (1993: 81) citando a autores pertenecientes a la filosofía educativa liberal. Ocurre lo mismo con los cambios ocurridos —y que sucederán— en la economía.

En ningún ámbito —tampoco en las técnicas de administración en las empresas, ni en las políticas públicas— pueden volver a aplicarse para el futuro las fórmulas y planteamientos teóricos y prácticos que dieron resultado en el pasado. Se considera que una planificación reflexiva aumenta la competencia adaptativa cuando tienden a prevalecer los dilemas *mal estructurados*, del cambio incierto, sobre los *enigmas bien estructurados*, que implican una certeza relativa en las soluciones. Eso significa que el envejecimiento satisfactorio para las personas puede incrementarse aprendiendo a planificar, al tiempo que el envejecimiento societal puede ser más provechoso si se planifica el aprender.

1.4. Jubilación y teoría

El buen estado general de las personas jubiladas en la actualidad y las presiones económicas en la mayor parte de las sociedades, donde se contemplan con tintes catastrofistas el envejecimiento de la población y el aumento del volumen de las personas ancianas y muy ancianas, llevan a pensar en las personas jubiladas como grupos que pueden seguir contribuyendo al bienestar de la sociedad mediante su participación activa en grupos de voluntariado y otras asociaciones. Al mismo tiempo se plantea la necesidad de prolongar la edad de la jubilación para los/as trabajadores que se aproximan a ella. Por otro lado se pone el énfasis en el ejercicio de la actividad como medio para conseguir un buen envejecimiento. El tema de la actividad en la vejez, si bien como se ha visto no es nuevo en gerontología (Havighurst, 1961b), es recientemente cuando comienza a adquirir un interés social y político creciente. Existe consenso acerca de que envejecer bien, hacerlo satisfactoriamente y mantener una buena calidad de vida en la vejez tienen que ver con dos factores fundamentales, que son un nivel de salud funcional y de ingresos adecuados. Otras dos dimensiones de la calidad de vida son importantes, como la calidad de las relaciones sociales con las personas más significativas y un cierto nivel de actividad. Hablando de personas mayores, ancianas o jubiladas, la actividad no suele referirse precisamente a la de carácter económico o productivo, aunque sí sea altamente provechosa para las propias personas ancianas y también para sus familias y la sociedad.

Internacionalmente existen relativamente pocas investigaciones acerca de las relaciones entre vejez satisfactoria y actividad como indicador de calidad de vida. Pero incluso cuando se hace, no se tienen en cuenta aspectos como qué son y qué significado tienen las actividades que se realizan junto con la familia y los amigos, ni lo que significan las actividades programadas para las personas ancianas en el conjunto de otras actividades que desarrollan (Kelly, 1993: IX). Incluso se puede llegar a teorizar sobre la desvinculación o retraimiento de las personas mayores sin haber descubierto antes los significados de la vinculación, ya que se puede intentar analizar a las personas ancianas desde perspectivas más propias de las personas jóvenes, y en contextos donde la actividad tiene que ver sobre todo con la producción económica, o bajo cualquier otro prisma de carácter utilitarista. Hasta ahora sólo unas referencias superficiales acerca de las teorías de la actividad o la desvinculación han aparecido en las numerosas investigaciones de quienes han estudiado la vejez. Resulta pertinente preguntarse sobre: a) el lugar y significado de la actividad en la vejez; b) las variaciones de tal actividad; c) cómo se articulan con los significados personales y los contextos sociales de la vejez; d) cuáles son las regularidades y cambios de la actividad a lo largo del ciclo vital (Kelly, 1993: IX).

Una teoría que puede ayudar a comprender los modelos de actividad y ajuste en la vejez es la teoría de la continuidad de Robert Atchley (1993: 5-16) cuyas características se han expuesto anteriormente. La idea de la continuidad no se refiere a ausencia de cambio, sino que a lo largo del tiempo se da una consistencia de los modelos de ideas y comportamientos. La teoría sostiene que las personas de mediana edad y las ancianas están predispuestas y motivadas hacia una continuidad psicológica interior, así como a una continuidad exterior de las circunstancias y costumbres sociales. Esa continuidad interna se refiere a la persistencia en el tiempo del temperamento, afecto, experiencias, preferencias, habilidades, disposiciones, actividades, valores, creencias y visiones del mundo en general. Las personas verían así su cambio interior conectado a su pasado, y su pasado sosteniendo y justificando su nueva identidad. La continuidad en las ideas, sobre todo acerca de sí mismo/a y la identidad, funciona como base para cualquier toma de decisión que realizan las personas, lo cual mantiene el sentido de seguridad y de la autoestima. No se trata de una atadura rígida con el pasado, sino que la continuidad interna se refiere a una evolución gradual en la que se unen y se crean direcciones nuevas a la identidad ya existente.

Las actividades tienen que ver con la identidad y con la persona misma. No todas las actividades —de familia, laborales, domésticas, de ocio, organizacionales— tienen la misma importancia para las personas. Algunas se entregan en cuerpo y alma a una sola actividad, desatendiendo las demás. Otras se dedican a diversas actividades de forma más equilibrada. A lo largo del ciclo vital se van conformando unos estilos de vida que condicionan en buena medida las orientaciones de las personas ancianas en sus actividades. Investigando, suele aparecer precisamente esa continuidad entre los estilos de vida antes y después de la jubilación (Bazo, 1990, 1992a). Según la teoría de la continuidad, ocurre que las personas a lo largo de la vida utilizan sus experiencias para identificar aquellas actividades que son más interesantes y provechosas para ellas.

En la vejez utilizan esos conocimientos y habilidades. También sucede que en los procesos de selección de las actividades, con la edad se tiende a actuar más por preferencias personales que por las ideas sociales acerca de lo que es más adecuado, aunque las elecciones

en la vejez suelen estar relacionadas con gustos, conocimientos y habilidades desarrollados en edades anteriores.

A este respecto, Atchley (1993: 12) cita a Fiske y Chiriboga, quienes encontraron que los rasgos por los que las personas se autoidentifican varían con la edad. Mientras los/as jóvenes adultos tienden a describirse con rasgos intra e interpersonales, los/as mayores tienden a hacerlo en función de los roles y actividades que desarrollan. Eso se explica porque con la edad la identidad se acaba perfilando y estableciendo en función de la experiencia. Se entiende que cuando las personas han afianzado sus identidades sobre las actividades, su motivación para continuar en ellas se incrementa. La continuidad externa es definida como una estructura consolidada de entornos físicos y sociales, relaciones de roles y actividades. Es la persistencia de una estructura de relaciones y costumbres manifiestas. En la edad adulta y ancianidad se observa una continuidad en la mayor parte de las habilidades, actividades y relaciones. Resulta así un poderoso mecanismo de compensación para los efectos negativos de la edad.

Las estrategias que Baltes y Baltes (1993: 21-27) explican que utilizan las personas para conseguir un envejecimiento satisfactorio: selección, optimización y compensación, son aplicables a la hora de explicar la continuidad externa en las actividades en la vejez. Así, las personas mayores seleccionan las actividades prioritarias teniendo en cuenta las constricciones físicas y ambientales, optimizando los resultados mediante la concentración de todos los recursos en la realización de unas actividades mientras se abandona otras, utilizando para eso los instrumentos de compensación necesarios. Pueden ser diversos: desde el uso de técnicas nemotécnicas para mejorar la memoria hasta cualquier tipo de prótesis o útil que facilite la competencia funcional. De esta manera las personas con la edad, sobre todo la más avanzada, o con menor salud funcional, tienden a restringir sus actividades siguiendo los procesos de selección, y modelos de adaptación, que han ido desarrollando a lo largo de sus vidas conforme se adaptaban a los diversos cambios y que les han sido útiles experiencialmente.

1.5. Comprender mejor a las nuevas personas jubiladas

Vivimos en sociedades jubiladas (Walker, Guillemard y Alber, 1993: 48-51). En la actualidad puede esperarse que las personas vivan un periodo de tiempo amplio como jubiladas en un buen estado de salud funcional, antes de que parte de ellas experimente un declive o incluso discapacidad. Otros periodos de la vida son definidos socialmente por normas, roles y expectativas de conducta que se comparten, pero no ocurre lo mismo con respecto a las personas jubiladas. Son sin embargo personas que desean cada vez más seguir activas y sentirse útiles, por lo que resulta una prioridad social encontrar roles y lugares nuevos para las nuevas personas jubiladas. Son un caudal social del que si se prescinde resulta un despilfarro para la sociedad. Dos posibles estrategias —además de la aportación de las personas mayores a sus familias— pueden ser seguir participando en la actividad productiva, puede que a tiempo parcial, o realizar actividades altruistas. Ambas se han demostrado fundamentales a la hora de proporcionar un sentido y satisfacción vital (Moen, 1995: 240).

La tendencia general en las sociedades económicamente desarrolladas, desde la Revolución Industrial, es un descenso de la participación de mano de obra en la producción, e in-